

BIBLIOTECA ECONOMICA



NUMERO 38

AMICIS

FILIGRANAS

II

SE PUBLICAN TRES VOLUMENES POR MES



EDITOR, FRANCISCO A. GAMBOA

SAN SALVADOR — CENTRO-AMÉRICA

Noviembre de 1899.

EDICION DE 2,000 EJEMPLARES IMPRENTA AMERICANA

BIBLIOTECA ECONOMICA

38 volúmenes publicados, que contienen :

TOMO I.

- 1°. "El primer beso," por J. Antonio Delgado; "Tapaligui," por Ricardo Fernández Guardia; "Palimpsestos," por Rubén Darío; "Amor ideal," por E. Gómez Carrill; "Audina," por Ramón Rosa.
- 2°. "Florilegio," (colección de pensamientos de autores ilustres.)
- 3°. "En las aguas de Abano," novela por Emilio Souvestre; "El Chapín," "El Guaraco," (cuadros de costumbres) y "El Almanaque," por José Milla.
- 4°. "La Garza," "Las tardes de abril," "A mi gallo," (poesías,) por Juan Diéguez; "Fragmentos descriptivos" de los poemas de Batres Montúfar; "San Juan," "La Rosa," "Yo pienso en tí," por el mismo.
- 5°. "Víctor Hugo," por Emilio Zola; "VVaterloo," por Víctor Hugo.
- 6°. "VVaterloo," (conclusión,) por Víctor Hugo; "La tela invisible," por Hans Christian Anderson, y "En familia.....yankee," por Heinrich Urban.
- 7°. "Poesías," de Calixto Velado.
- 8°. "Edgar Poe," por Carlos Baudelaire; "Ligeia," por Edgar Poe.
- 9°. "Cuatro palabras con una momia," "El Gato Negro," "La barrica de Amontillado," "El cuervo," por Edgar Poe.
- 10°. "José Cecilio del Valle," por Rómulo E. Durón; "Acta de independencia," "El sabio," "Los maestros," "El campo," "Elogio fúnebre del p. Goicoechea," por José Cecilio del Valle; "Valle, juzgado por Barrundia".

TOMO II.

- 11°. "Cuentos populares," por don Antonio de Trueba.
- 12°. "Poesías," de Vicente Acosta.
- 13°. "Dos idilios," por Ludovico Halévy.
- 14°. "Dos idilios," (conclusión,) por Halévy; "La moral del matrimonio," por VV. S. Lilly; "Quién tiene la culpa?," por Amelia E. Barr y Rosa Terry Cooke.
- 15°. "El Crimen de Julieta", por Charles Corbin.
- 16°. "El Crimen de Julieta" (Conclusión), por Charles Corbin; "Elogio fúnebre de Fr. Matías Córdoba", por José Milla; "La tentativa del león y el éxito de su empresa", por Fr. Matías Córdoba.
- 17°. y 18°. "Efemérides Centro-americanas", por Alejandro Marure.
- 19°. "Tradiciones", por Ricardo Palma.
- 20°. "Poesías" de Salvador Díaz Mirón.

TOMO III.

- 21°. "Tres héroes", por Juan Montalvo.
- 22°. "Lohengrin", por Ricardo VVagner.
- 23°. "Páginas alegres", por Luis Taobada.

(Pasa á la última página.)

El muchacho lanzó un grito agudo y quedó como clavado en su sitio.

El hombre se volvió, lo miró un instante, lanzó otro grito á su vez:—¡Cecilio! — precipitándose hacia él.

El muchacho cayó en los brazos de su padre, casi accidentado.

Las hermanas, los enfermeros y el practicante acudieron, y les rodearon llenos de estupor.

El muchacho no podía recobrar la voz.

—¡Oh, Cecilio mío!—exclamó el padre después de clavar una atenta mirada en el enfermo, besando repetidas veces al niño. — ¡Cecilio, hijo mío! ¿Cómo es esto? ¿Te han dirigido al lecho de otro enfermo? ¡Y yo que me desesperaba de no verte, después que tu madre escribió: “le he enviado”! ¡Pobre Cecilio! ¿Cuántos días llevas ahí? ¿Cómo ha ocurrido esta confusión? Yo he despachado en pocos días. ¡Estoy bien! ¿Y tu madre? ¿Y Conchita? Y la chiquitina, ¿cómo está? Yo me voy del hospital; vamos, pues. ¡Oh, santo Dios! ¡Quién lo hubiera dicho!.....

El muchacho apenas pudo balbucear cuatro palabras para dar noticias de la familia.—¡Oh, qué contento estoy, pero qué contento! ¡Qué días tan malos he pasado! — Y no acababa de besar á su padre.

Pero no se movía.

—Vamos, pues—le dice el padre. — Que podremos llegar todavía esta tarde á casa. Vamos.—Y lo atrajo hacia sí.

El muchacho se volvió á mirar á su enfermo.

—Pero..... ¿vienes ó no vienes?—le preguntó el padre sorprendido.

El muchacho, vuelta á mirar al enfermo, el cual en aquel momento abrió los ojos y le miró fijamente.

Entonces brotó de su alma un torrente de palabras.

—No, chacho, espera.....¡ea.....no puedo! Mira ese viejo. Hace cinco días que estoy aquí. Me está mirando siempre. Yo creía que eras tú. Le quería. Me mira, yo le doy de beber, quiere que esté siempre á su lado, ahora está muy mal, ten paciencia, no tengo valor, no sé, me da mucha pena, mañana volveré á casa, déjame estar otro poco, no estaría bien que lo dejase: ¡ve cómo me mira! No sé quién es, pero me quiere; moriría solo: ¡déjame estar aquí, querido chacho!

—¡Bravo, chiquitín!—gritó el practicante.

El padre quedó perplejo mirando al muchacho, luego al enfermo.—¿Quién es?—preguntó.

—Un campesino, como usted —respondió el practicante—que ha venido de fuera y entró en el hospital en el mismo día que usted. Cuando lo trajeron venía sin sentido y no pudo decir nada. Quizá tenga lejos á su familia, quizá tenga hijos. Creerá que éste es uno de ellos.

El enfermo no quitaba la vista del muchacho.

El padre dijo á Cecilio:—Quédate.

—No tendrá que quejarse por mucho tiempo—murmuró el practicante.

—¡Quédate!—repitió el padre.—Tú tienes corazón. Yo me marcho inmediatamente á casa para tranquilizar á tu madre. Ahí tienes dos pesetas para lo que necesites. Adiós, hijo mío, hasta la vista.

Le abrazó, le miró fijamente, le besó repetidas veces en la frente, y se fue.

El niño volvió al lado del enfermo, que pareció consolado. Y Cecilio comenzó su oficio de enfermero, sin llorar más, pero con el mismo interés y con igual paciencia que antes; le dio de beber, le arregló las ropas, le acarició la mano, y le habló dulcemente para darle ánimos. Todo aquel día

estuvo á su lado, y toda la noche y aun el siguiente día. Pero el enfermo se iba poniendo cada vez peor; su cara iba tomando color violáceo; su respiración se iba haciendo más ronca, aumentaba la agitación, salían de su boca gritos inarticulados: la hinchazón se ponía monstruosa. En la visita de la tarde, el médico dijo que no pasaría de aquella noche. Entonces Cecilio redobló sus cuidados, y no lo perdió de vista ni un minuto. Y el enfermo lo miraba, lo miraba, y movía aún los labios de vez en cuando, con grande esfuerzo, como si aun quisiera decir alguna cosa, y una expresión de extraordinaria dulzura se pintaba de vez en cuando en sus ojos, cada vez más pequeños y más velados. Aquella noche estuvo velando el muchacho hasta que vio blanquear en las ventanas la luz del crepúsculo, y apareció la hermana. Se acercó ésta al lecho, miró al enfermo y se fue precipitadamente. A los pocos minutos volvió con el médico ayudante y con un enfermero que llevaba una linterna.

—Está en los últimos momentos—dijo el médico.

El muchacho aferró la mano del enfermo, abrió éste los ojos, le miró fijamente, y los volvió á cerrar.

En el mismo instante le pareció al muchacho que le apretaba la mano:—¡Me ha apretado la mano!—exclamó.

El médico permaneció un momento inclinado hacia el enfermo; luego se levantó. La hermana descolgó un crucifijo de la pared.

—¿Ha muerto?—preguntó el muchacho.

—Vete, hijo mío—dijo el médico.—¡Tu santa obra ha concluído! Vete, y que tengas fortuna, que bien la mereces. ¡Dios te protegerá!.....¡Adiós!

La hermana, que se había alejado un momento, volvió con un ramito de violétas que cogió de un vaso que estaba sobre una ventana, y se lo

ofreció al chico diciéndole:—Nada más tengo que darte. Llévatelo para recuerdo del hospital.

—Gracias—respondió el muchacho cogiendo el ramito con una mano y limpiándose los ojos con la otra;—pero tengo que hacer tanto camino á pie.....que le voy á estropear.—Y desatando el ramito, esparció las violetas por el lecho diciendo:—Las dejo como recuerdo á mi querido muerto. Gracias, hermana; gracias, señor doctor.—Luego, volviéndose hacia el muerto:—¡Adiós!.....—Y mientras buscaba un nombre que darle le vino á la boca el dulce nombre que le había dado durante cinco días:—¡Adióspobre chacho!

Dicho esto, cogió bajo el brazo su envoltorio de ropa, y á paso lento, interrumpido por el cansancio, se fue. Comenzaba á despuntar el alba.

SANGRE ROMAÑOLA

Aquella tarde la casa de Federico estaba más tranquila que de costumbre. El padre, que tenía una pequeña tienda de mercería, había ido á Forlì á compras; su madre le acompañaba con Luisita, una niña á quien llevaba para que el médico la viera y le operase un ojo malo. Poco faltaba ya para la media noche. La mujer, que venía á prestar servicio durante el día, se había ido al obscurecer. En la casa no quedaba más que la abuela, con las piernas paralizadas, y Federico, muchacho de trece años. Era una casita sólo con piso bajo, colocada en la carretera y como á un tiro de bala de un pueblo inmediato á Forlì, ciudad de la Romaña, y no tenía á su lado más que otra casa deshabitada, arruinada hacía dos meses por el incendio, sobre la cual se veía aún la muestra de una hospedería. Detrás de la casita había un huertecillo rodeado de seto vivo, al cual daba una puertecita

rústica; la puerta de la tienda, que era también puerta de la casa, se abría sobre la carretera. Alrededor se extendía la campiña solitaria, vastos campos cultivados y plantados de moreras.

Llovía y hacía viento. Federico y la abuela, todavía levantados, estaban en el cuarto donde comían, entre el cual y el huerto había una habitación llena de muebles viejos. Federico había vuelto á casa á las once, después de pasar fuera muchas horas; la abuela le había esperado con los ojos abiertos, llena de ansiedad, clavada en un ancho sillón de brazos, en el cual solía pasar todo el día y frecuentemente la noche, porque la fatiga no la dejaba respirar estando acostada.

El viento azotaba la lluvia contra los cristales; la noche era obscurísima. Federico había vuelto cansado, lleno de fango, con la chaqueta hecha jirones y con un cardenal en la frente, de una pedrada: venía de estar apedreándose con sus compañeros, llegaron á las manos como de costumbre, y por añadidura, jugó y perdió sus cuartos, extraviándosele además la gorra en un foso.

Aun cuando la cocina no estaba iluminada más que por pequeño velón de aceite, colocado en la esquina de una mesa que estaba al lado del sillón, sin embargo, la pobre abuela había visto en seguida en qué estado miserable se encontraba su nieto, y en parte adivinó, en parte le hizo confesar sus diabluras á Federico.

Ella quería con toda su alma al muchacho. Cuando lo supo todo, se echó á llorar.

—¡Ah, no!—dijo luego al cabo de largo silencio;—tú no tienes corazón para tu pobre abuela. No tienes corazón cuando de tal modo te aprovechas de la ausencia de tu padre y de tu madre para darme estos disgustos. ¡Todo el día me has dejado sola! No has tenido ni tan siquiera compasión. ¡Mira, Federico! Tú vas por pésimo cami-

no, el cual te conducirá á un fin triste. He visto otros que comenzaron como tú y concluyeron muy mal. Se empieza por marcharse de casa para armar camorra con los chicos y jugar los cuartos; luego, poco á poco, de las pedradas se pasa á los navajazos, del juego á otros vicios y de los viciosal hurto.

Federico estaba oyendo, derecho, á tres pasos de distancia, apoyado en un arca, con la barba caída sobre el pecho, con el entrecejo arrugado, y todavía caldeado por la ira de la riña. Un mechón de pelo castaño caía sobre su frente, y sus ojos azules estaban inmóviles.

—Del juego al robo—repitió la abuela, que seguía llorando.—Piensa en ello, Federico. Piensa en aquella ignominia de aquí, del pueblo, en aquel Víctor Monzón, que está ahora en la ciudad siendo un vagabundo; que á los veinticuatro años ha estado dos veces en la cárcel y ha hecho morir de sentimiento á aquella pobre mujer, su madre, á la cual yo conocía, y ha obligado á huír á su padre desesperado á Suiza. Piensa en este triste sujeto, al cual su padre se avergüenza de devolver el saludo, que anda en enredos con malvados peores que él, hasta el día que vaya á parar á un presidio. Pues bien; yo le he conocido siendo muchacho, y comenzó como tú. Pienso que llegarás á reducir á tu padre y á tu madre al extremo á que él ha reducido á los suyos.

Federico callaba. En realidad sentía contristado el corazón, pues sus travesuras se derivaban más bien de superabundancia de vida y de audacia que de mala índole; su padre le tenía mal acostumbrado precisamente por esto; porque considerándole capaz en el fondo de los más hermosos sentimientos, y esperando ponerle á prueba de acciones varoniles y generosas, le dejaba rienda suelta en la confianza de que por sí mismo se haría juicio,

so. Era, en fin, bueno mejor que malo, pero obstinado y muy difícil, aun cuando estuviese con el corazón oprimido por el arrepentimiento, para dejar escapar de su boca aquellas palabras que nos obligan al perdón:—“¡Sí, he hecho mal, no lo haré más, te lo prometo, perdóname!”—Tenía el alma llena de ternura; pero el orgullo no le consentía que rebosase.

—¡Ah, Federico!—continuó la abuela viéndole tan mudo.—¿No tienes ni una palabra de arrepentimiento? ¿No ves á qué estado me encuentro reducida, que me podrían enterrar. No debieras tener corazón para hacerme sufrir, para hacer llorar á la madre de tu madre, tan vieja con los días contados; á tu pobre abuela, que siempre te ha querido tanto, que noches y noches enteras te mecía en la cuna cuando eras niño de pocos meses y que no comía por entretenerte: ¡tú no sabes! Lo decía siempre: “¡Este será mi último consuelo!” ¡Y ahora me haces morir! Daría de buena voluntad la poca vida que me resta por ver que te habías vuelto bueno, obediente, como en aquellos días..... cuando te llevaba al Santuario. ¿Te acuerdas, Federico, que me llenabas los bolsillos de piedrecillas y hierbas, y yo te volvía á casa en brazos, dormido? Entonces querías mucho á tu pobre abuela; ahora, que estoy paralítica y que necesito de tu cariño, como del aire para respirar, porque no tengo otro en el mundo, una pobre mujer medio muerta.....¡Dios mío!.....

Federico iba á lanzarse hacia su abuela, vencido por la emoción, cuando le pareció oír ligero rumor, cierto rechinamiento en el cuartito inmediato, aquel que daba sobre el huerto. Pero no comprendió si eran las maderas sacudidas por el viento ó otra cosa.

Puso el oído alerta.

La lluvia azotaba los cristales.

El ruido se repitió. La abuelale oyó también.

—¿Qué es?—preguntó turbada después de un momento.

—La lluvia—murmuró el muchacho.

—Por consiguiente, Federico—dijo la vieja enjugándose los ojos:—¿me prometes que serás bueno, que no harás nunca llorar á tu abuelo?.....

La interrumpió nuevamente un ligero ruido.

—¡No me parece la lluvia!—exclamó palideciendo.—¡Vete á ver!

—Pero—añadió en seguida—no, quédate aquí;—y agarró á Federico por la mano.

Ambos á dos permanecieron con la respiración en suspenso. No oían sino el ruido de la lluvia.

Luego, ambos se estremecieron.

Tanto á uno como á otra les había parecido sentir pasos en el cuartito.

—¿Quién anda ahí?—preguntó el muchacho haciendo un esfuerzo.

Nadie respondió.

—¿Quién anda ahí?—volvió á preguntar Federico helado de miedo.

Pero apenas había pronunciado aquellas palabras, ambos lanzaron un grito de terror.

Dos hombres entraron en la habitación: el uno agarró al muchacho y le tapó la boca con la mano; el otro cogió á la abuela por la garganta; el primero dijo:—¡Silencio, si no quieres morir!—El segundo:—¡Calla!—y la amenazó con un cuchillo. Uno y otro llevaban un pañuelo oscuro por la cara con dos agujeros delante de los ojos.

Durante un momento no se oyó más que la entrecortada respiración de los cuatro y el rumor de la lluvia; la vieja apenas podía respirar de fatiga; tenía los ojos fuera de las órbitas.

El que tenía sujeto al chico le dijo al oído:

—¿Dónde tiene tu padre el dinero?

El muchacho respondió con un hilo de voz y dando diente con diente:

—Allá.....en el armario.

—Vén conmigo—dijo el hombre.

Le arrastró hasta el cuartito, teniéndole cogido por el cuello. Allí había una linterna en el suelo.

—¿Dónde está el armario?—preguntó.

El muchacho, sofocado, señaló al armario.

Entonces, para estar seguro del muchacho, el hombre lo arrodilló delante del armario, y apretándole el cuello entre sus piernas para poderlo estrangular si gritaba, y teniendo la navaja entre los dientes y la linterna en una mano, sacó del bolsillo con la otra un hierro aguzado que metió en la cerradura, forcejeó, rompió, abrió de par en par las puertas, revolvió furiosamente todo, se llenó las faltriqueras, cerró, volvió á abrir y rebuscó: luego cogió al muchacho por la nuca, llevándole donde el otro tenía amarrada á la vieja, convulsa, con la cabeza caída y la boca abierta.

Este preguntó en voz baja:—¿Encontraste?

El compañero respondió:—Encontré.

Y añadió:—Mira á la puerta.

El que tenía sujeta á la vieja corrió á la puerta del huerto á ver si se sentía á alguien, y dijo desde el cuartito con voz que pareció un sibido:—Vén.

El que había quedado, y que todavía tenía agarrado á Federico, enseñó el puñal al muchacho y á la vieja, que volvía á abrir ya los ojos, y dijo:—Ni una voz, ó vuelvo atrás y os degüello.

Y les miró fijamente á los dos.

En el mismo momento se oyó á lo lejos, por la carretera, un cántico de muchas voces.

El ladrón volvió rápidamente la cabeza hacia la puerta, y por la violencia del movimiento se le cayó el antifaz.

La vieja lanzó un grito:—¡Monzón!

—¡Maldita!—rugió el ladrón, reconocido.—Tienes que morir.—Y se volvió con el cuchillo levantado contra la vieja, que quedó desvanecida en el mismo instante.

El asesino descargó el golpe.

Pero con un movimiento rapidísimo, dando un grito desesperado, Federico se había lanzado sobre su abuela y la había cubierto con su cuerpo.

El asesino huyó, empujando la mesa y echando la luz por el suelo, que se apagó.

El muchacho resbaló lentamente de encima de la abuela, cayó de rodillas ante ella, y así permaneció con los brazos rodeándole la cintura y la cabeza apoyada en su seno.

Pasó algún tiempo; todo permanecía completamente oscuro; el cántico de los labradores se iba alejando por el campo.

La vieja volvió de su desmayo.

—¡Federico!—llamó con voz apenas perceptible, temblorosa.

—¡Abuela!—respondió el niño.

La vieja hizo un esfuerzo para hablar, pero el terror le paralizaba la lengua.

Estuvo un momento silenciosa, temblando fuertemente.

Luego logró preguntar:

—¿Ya no están?

—No.

—¡No me han matado!—murmuró la vieja con la voz sofocada.

—No.....estás salvada—dijo Federico, con débil voz.—Estás salva, querida abuela. Se han llevado el dinero. Pero padre.....había recogido casi todo.

La abuela respiró con fuerza.

—Abuela—dijo Federico de rodillas y apretándole la cintura;—querida abuela.....me quieres mucho, ¿verdad?

—¡Oh, Federico! ¡Pobre hijo mío!—respondió aquélla, poniéndole las manos sobre la cabeza!— ¡Qué espanto debes haber tenido! ¡Oh, santo Dios misericordioso! Enciende luz.....No, quedémonos á oscuras; todavía tengo miedo.

—Abuela—replicó el muchacho—yo siempre os he dado disgustos á todos.....

—No, Federico, no digas eso; ya no pienses más en ello, todo lo he olvidado: ¡te quiero tanto!

—Siempre os he dado disgustos—continuó Federico, trabajosamente y con la voz trémula;—pero.....os he querido siempre. ¿Me perdonas? Perdoname, abuela.

—Sí, hijo, te perdono; te perdono de corazón. Piensa, si no te debo perdonar. Levántate, niño mío. Ya no te reñiré nunca. ¡Eres bueno, eres muy bueno! Encendamos la luz. Tengamos un poco de valor. Levántate, Federico.

—Gracias, abuela—dijo el muchacho, con la voz cada vez más débil.—Ahora.....estoy contento. Te acordarás de mí, abuela.....¿no es verdad? Os acordaréis todos siempre de mí.....de vuestro Federico.

—¡Federico mío!—exclamó la abuela, maravillada é inquieta, poniéndole la mano en las espaldas é inclinando la cabeza, como para mirarle la cara.

Acordaos de mí—murmuró todavía el niño, con la voz que parecía un soplo—Da un beso á mi madre.....á mi padre... á Luisita ...Adiós, abuela...

—En el nombre del cielo, ¿qué tienes?—gritó la vieja, palpando afanosamente al niño en la cabeza, que había caído abandonada á sí misma en sus rodillas; y luego con cuanta voz tenía en su garganta, gritaba desesperadamente:—¡Federico! ¡Federico! ¡Federico! ¡Niño mío! ¡Amor mío! ¡Cielo santo, ayudadme!

Pero Federico ya no respondió. El pequeño

héroe, el salvador de la madre de su madre, herido de una cuchillada en el costado, había entregado su hermosa y valiente alma á Dios.

VALOR CIVICO

A medio día estábamos con el maestro ante el palacio municipal para presenciar la entrega de la medalla del valor cívico, al chico que salvó á un compañero suyo en el Po.

Sobre la terraza de la fachada ondeaba la bandera tricolor.

Entramos en el patio.

Ya estaba lleno de gente. Se veía allí en el fondo una mesa con tapete encarnado y encima varios papeles, y detrás una fila de sillones dorados para el Alcalde y la Junta; varios ujieres del Ayuntamiento estaban de pie alrededor del estrado con sus dalmáticas azules y sus calzas blancas. A la derecha del patio había formado un piquete de guardias municipales, todos los cuales se hallaban condecorados con muchas y distintas cruces, y al lado otro piquete de carabineros; en la parte opuesta, los bomberos con uniforme de gala y muchos soldados sin formar, que habían venido á presenciar la ceremonia, de caballería, infantería, cazadores, artillería; de todas las armas, en fin. Y por último, alrededor caballeros, gente del pueblo, oficiales, mujeres y niños que se apretaban; un gentío inmenso. Nos arrinconamos en un ángulo del patio.

Alumnos de otras escuelas estaban con sus maestros, y había cerca de nosotros un grupo de muchachos del pueblo, de diez á diez y ocho años, que reían y hablaban recio, y se comprendía que eran todos del barrio del Po, compañeros ó cono-

cidos del que debía recibir la medalla. Arriba, en todas las ventanas, estaban asomados los empleados del Ayuntamiento: la galería de la biblioteca también estaba llena de gente, que se apiñaba contra la balaustrada, y en la del lado opuesto, que está sobre la puerta de entrada, se agolpaba gran número de muchachos de las escuelas públicas, y muchas *huérfanas de militares*, con sus graciosos velos celestes. Parecía un teatro. Todos discurrían alegremente, mirando de vez en cuando el sitio donde estaba la mesa encarnada, á ver si se presentaba alguno. La banda de música se oía á lo lejos, en el fondo del pórtico. Las paredes resplandecían con el sol. Estaba aquello muy hermoso.

De pronto, todos empezaron á aplaudir: en los patios, en las galerías, en las ventanas.

Yo, para ver, tuve que empinarme.

La multitud que estaba detrás de la mesa encarnada había abierto paso, y se pusieron delante un hombre y una mujer. El hombre llevaba de la mano á un niño.

Era el que había salvado al compañero.

El hombre era su padre; un albañil vestido de día de fiesta. La mujer, su madre, pequeña y rubia, estaba vestida de negro. El muchacho, también rubio y pequeño, tenía una chaqueta gris.

Al ver toda aquella gente y oír aquel ruido de aplausos, se quedaron los tres tan sorprendidos, que no se atrevían á mirar ni á moverse. Un guardia municipal les empujó al lado de la mesa, á la derecha.

Todos callaron un momento, y después resonaron de nuevo los aplausos por todos lados. El muchachó miró hacia arriba, hacia las ventanas, y luego á la galería de las *huérfanas de los militares*: tenía el sombrero en la mano y parecía que no sabía bien en dónde estaba. Me pareció que se daba cierto aire á Coreta en la cara, pero era mas

sonrosado. Su padre y su madre no apartaban los ojos de la mesa.

Entretanto, todos los muchachos del barrio del Po, que estaban cerca de nosotros, pasaron delante, y le hacían señas á su compañero para hacerse ver, llamándole en voz baja. A fuerza de llamarle se hicieron oír. El muchacho los miró y se cubrió la boca con el sombrero para ocultar una sonrisa.

En un momento dado todos los guardias se cuadraron.

Entró el Alcalde acompañado de muchos señores.

El Alcalde, que tenía el pelo cano y llevaba una faja tricolor, se puso de pie junto á la mesa: los demás, detrás y á los lados.

Cesó de tocar la banda, hizo el Alcalde una señal, y callaron todos.

Empezó á hablar. Sus primeras frases no las oí bien; pero comprendí bien que estaba contando la hazaña del muchacho. Después levantó más la voz, y se esparció tan clara y sonora por todo el patio, que no perdí ya ni una palabra...—Cuando vio desde la orilla al compañero que se revolvía en el río, presa ya de terror de la muerte, se quitó la ropa y acudió sin titubear un momento. Le gritaron: “¡Que te ahogas!” No, respondió; lo agarraron, y se soltó; lo llamaron y ya estaba en el agua. El río iba muy crecido y el riesgo era terrible hasta para un hombre. Pero él desafiló la muerte con toda la fuerza de su pequeño cuerpo y de su gran corazón; alcanzó y agarró á tiempo al desgraciado que estaba ya bajo el agua, y lo sacó á flote; luchó furiosamente con las ondas que lo querían envolver y con el compañero, que se le enroscaba: varias veces desapareció bajo la superficie y volvió á salir fuera, haciendo esfuerzos desesperados, obstinados, y decidido en su santo pro-

pósito, no como un niño que quiere salvar á otro, sino como un hombre, como un padre que lucha por salvar á su hijo, que es su esperanza y su vida. En fin, Dios no permitió que fuese inútil hazaña tan generosa. El pequeño nadador arrebató su presa al gigante río y lo sacó á tierra, y aun le prestó, con los demás, los primeros auxilios; después de lo cual, se volvió á su casa sereno y tranquilo, á contar sencillamente el suceso. Señores: hermoso, admirable es el heroísmo de un hombre; pero en el niño, en el cual no es posible aún ninguna mira de ambición ó de otro interés; en el niño, que debe tener tanto más arrojo cuanto menos fuerza tiene; en el niño, en el cual nada pedimos, que en nada es tenido, que ya nos parece tan noble y digno de ser amado, no ya cuando cumple, sino sólo cuando comprende y reconoce el sacrificio de otro; en el niño, el heroísmo es divino. No diré más, señores. No quiero adornar con elogios superfluos una grandeza tan sublime. Hé aquí delante de vosotros al salvador, noble y generoso. Soldados, saludadlo como á un hermano; madres, bendecidlo como á un hijo; niños, recordad su nombre, estampad su rostro en vuestra memoria, que no se borre ya de vuestra mente ni de vuestro corazón. Acércate, muchacho. En nombre del Rey de Italia te doy la cruz de Beneficencia.

Un viva atronador, lanzado á la vez por multitud de voces, atronó el palacio.

El Alcalde tomó la condecoración de la mesa y la puso en el pecho del muchacho. Después lo abrazó y lo besó.

La madre se llevó la mano á los ojos: el padre tenía la barba en el pecho.

El Alcalde estrechó la mano á los dos, y cogiendo la orden de concesión de la cruz, atada con una cinta, se la dio á la madre.

Después se volvió al muchacho y le dijo:—Que el recuerdo de este día, tan glorioso para ti, tan feliz para tus padres, te sostenga toda la vida en el camino de la virtud y del honor. ¡Adiós!

El Alcalde salió; tocó la banda, y todo parecía concluído, cuando de las filas de la multitud salió un muchacho de ocho á nueve años, impulsado por una señora que se escondió en seguida, y se lanzó al cundecorado, dejándose caer entre sus brazos.

Otro rumor de vivas y aplausos hizo atronar el patio; todos comprendieron desde luego que era el muchacho salvado en el Po, el que acababa de dar las gracias á su salvador. Después de haberlo besado, se le agarró á un brazo para acompañarlo fuera. Ellos dos, primero, y el padre y la madre detrás, se dirigieron hacia la salida, pasando con trabajo por entre la gente que les hacía calle, confundiéndose guardias, niños, soldados y mujeres. Todos se echaban hacia adelante, y se empinaban para ver al muchacho. Los que estaban más cerca, le daban la mano. Cuando pasó por delante de los niños de la escuela, todos echaron sus sombreros por el aire. Los del barrio del Po prorrumpieron en grandes aclamaciones, agarrándole por los brazos y por la chaqueta, gritando:—¡Viva Pinot! ¡Bravo Pinot!—Yo lo vi pasar muy cerca. Iba muy encarnado y contento: la cruz tenía la cinta blanca, roja y verde. Su madre lloraba y reía: su padre se retorció el bigote con una mano que le temblaba mucho, como si tuviese calentura. Arriba, por las ventanas y galerías seguían asomándose y aplaudiendo. De pronto, cuando iban á entrar bajo el pórtico, cayó de la galería de las *huérfanas de los militares* una verdadera lluvia de pensamientos, de ramitos de violetas y de margaritas que daban en la cabeza del muchacho, en la de sus padres y en el suelo. Mu-

chos se bajaban á recogerlos y se los alargaban á la madre. Y á lo lejos, en el fondo del patio, se oía la banda que tocaba un aire precioso que parecía el canto de otras tantas voces argentinas que se alejaban lentamente por orillas del río.

DE LOS APENINOS A LOS ANDES

Hace muchos años, cierto muchacho genovés de trece años, hijo de un obrero, fue de Génova á América sólo para buscar á su madre.

Su madre había ido dos años antes á Buenos Aires, capital de la República Argentina, para ponerse al servicio de alguna casa rica y ganar así, en poco tiempo, algo con qué levantar á la familia, la cual, por efecto de varias desgracias, había caído en la pobreza y tenía muchas deudas. No son pocas las mujeres animosas que hacen tan largo viaje con aquel objeto, gracias á los buenos salarios que allí encuentra la gente que se dedica á servir, y las cuales vuelven á su patria, al cabo de algunos años, con algunos miles de pesetas. La pobre madre había llorado lágrimas de sangre al separarse de sus hijos, uno de diez y ocho años y otro de once; pero marchó muy animada y con el corazón lleno de esperanzas. El viaje fue feliz; apenas llegó á Buenos Aires, encontró en seguida, por medio de un comerciante genovés, primo de su marido, establecido allí desde hacía mucho tiempo, una excelente familia del país, que le daba buen salario y la trataba bien. Por algún tiempo mantuvo con los suyos una correspondencia regular. Como habían convenido entre sí, el marido dirigía las cartas al primo; que se las entregaba á la mujer, y ésta le daba las contestaciones para que las mandase á Génova, escribiendo él por su parte algunos renglones. Ganando ochenta pesetas al mes

y no gastando nada en ella, mandaba á su casa cada tres meses una buena suma, con la cual el marido, que era muy hombre de bien, iba pagando poco á poco las deudas más urgentes y adquiriendo así buena reputación. Entretanto trabajaba y estaba contento de lo que hacía y lisonjeado con la esperanza de que la mujer volvería dentro de poco, porque la casa parecía que estaba sin sombra con su falta, y el hijo menor principalmente, que quería mucho á su madre, se entristecía y no podía resignarse á su ausencia.

Pero transcurrido un año desde la marcha, después de una carta breve en la que decía no estaba bien de salud, no se recibieron más. Escribieron dos veces al primo, y éste no contestó. Escribieron á la familia del país donde estaba sirviendo la mujer; pero sospecharon que no llegaría la carta, porque habían equivocado el nombre en el sobre, y, en efecto, no tuvieron contestación. Temiendo una desgracia, escribieron al Consulado italiano de Buenos Aires para que hiciere investigaciones; y después de tres meses, le contestó el Cónsul que, á pesar del anuncio publicado en los periódicos, nadie se había presentado, ni para dar noticias. Y no podía suceder de otro modo, entre otras razones, por ésta: que con la idea de salvar el decoro de su familia, que creía mancharle haciéndose criada, la buena mujer no había dicho á la familia argentina su verdadero nombre. Pasaron otros meses sin que tampoco hubiera ninguna noticia. Padre é hijo estaban consternados; al más pequeño le oprimía una tristeza que no podía vencer. ¿Qué hacer? ¿á quién recurrir? La primera idea del padre fue marcharse á buscar á su mujer á América. Pero ¿y el trabajo? ¿Quién sostendría á sus hijos? Tampoco podría marchar el hijo mayor, porque comenzaba entonces á ganar algo y era necesario para la familia. En este afán vivían, repi-

tiendo todos los días las mismas conversaciones dolorosas ó mirándose unos á otros en silencio. Una noche, Marcos, el más pequeño, dijo resueltamente:—Voy á América á buscar á mi madre.—El padre movió la cabeza tristemente, y no respondió. Era un buen pensamiento, pero impracticable. ¡A los trece años, solo, hacer un viaje á América, necesitándose un mes para llegar! Pero el muchacho insistió pacientemente. Insistió aquel día, el siguiente, todos los días, con gran parsimonia, y razonando como un hombre.—Otros han ido—decía—más pequeños que yo. Una vez que esté en el barco, llegaré allí, no tengo que hacer más que buscar la casa del tío. Como hay allá tantos italianos, alguno me enseñará la calle. Encontrando al tío, encuentro á mi madre, y si no la encuentro, buscaré al Cónsul y á la familia argentina. Haya ocurrido lo que quiera, hay allí trabajo para todos; yo también encontraré ocupación, al menos lo bastante para ganar con qué volver á casa.—Y así, poco á poco, casi llegó á convencer á su padre. Este lo apreciaba, sabía que tenía juicio y ánimos, que estaba acostumbrado á las privaciones y los sacrificios, y que todas estas buenas cualidades daban doble fuerza á su decisión en aquel santo objeto de buscar á su madre, que adoraba. Sucedió también, que cierto Comandante de buque mercante, amigo de un conocido suyo, habiendo oído hablar del asunto, se empeñó en ofrecerle, gratis, billete de tercera clase para la República Argentina. Entonces, después de nuevas vacilaciones, el padre consintió y se decidió el viaje. Llenaron un baulillo de ropa, le pusieron algunas pesetas en el bolsillo, le dieron las señas del tío, y una hermosa tarde del mes de Abril lo embarcaron.—Marcos, hijo mío—le dijo el padre, dándole el último beso con las lágrimas en los ojos, sobre la escallerilla del buque que estaba para salir:

—¡tén ánimo, vas con un fin santo, Dios te ayudará!

¡Pobre Marcos! Tenía corazón esforzado y estaba preparado también para las más duras pruebas de aquel viaje; pero cuando vio desaparecer del horizonte la hermosa Génova y se encontró en alta mar, sobre aquel gran navío lleno de compatriotas que emigraban; solo, desconocido de todos, con aquel pequeño baúl que encerraba toda su fortuna, le asaltó repentina desanimación. Dos días permaneció arrinconado en la proa, como un perro, casi sin comer, y sintiendo gran necesidad de llorar. Toda clase de tristes pensamientos asaltaban su mente, y el más triste, el más terrible era el que más se apoderaba de ella: el pensamiento de que hubiese muerto su madre. En sus sueños, interrumpidos y penosos, veía siempre la faz de un desconocido que lo miraba con aire de compasión, y después le decía al oído:—¡Tu madre ha muerto! —Y entonces se despertaba ahogando un grito. Al fin, pasado el estrecho de Gibraltar, en cuanto vio el Océano Atlántico, tomó un poco de ánimo y cobró esperanzas. Pero fue breve alivio. Aquel inmenso mar, igual siempre; el creciente calor, la tristeza de toda aquella pobre gente que le rodeaba, el sentimiento de la propia soledad, volvieron á echar por tierra sus pasados bríos. Los días se sucedían tristes y monótonos, confundiéndose unos con otros en la memoria, como les sucede á los enfermos. Le parecía que hacía ya un año que estaba en el mar. Cada mañana, al despertar, experimentaba nuevo estupor al encontrarse allí solo, en medio de aquella inmensidad de agua, viajando para América. Los hermosos peces voladores que iban á cada instante á caer en el barco, aquellas admirables puestas de sol de los trópicos con aquellas inmensas nubes color de fuego y sangre, aquellas fosforescencias nocturnas que hacían apa-

recer á todo el Océano encendido como mar de lava, no le hacían el efecto de cosas reales, sino más bien de fantasmas vistos en el sueño. Hubo días de mal tiempo, durante los cuales permaneció encerrado continuamente en el camarote, donde todo bailaba y se caía, en medio de un coro espantoso de quejidos é imprecaciones, y creía que había llegado su última hora. Hubo otros días de mar tranquilo y amarillento, de calor insoportable é infinitamente aburrido; horas interminables y siniestras, durante las cuales los pasajeros encerrados, tendidos inmóviles sobre las tablas, parecía que estaban muertos. Y el viaje no acababa nunca: mar y cielo, cielo y mar, hoy como ayer, mañana como hoy, todavía, siempre, eternamente. Y él se pasaba las horas apoyado en la borda y mirando aquel mar sin fin, aturdido, pensando vagamente en su madre hasta que los ojos se le cerraban y la cabeza se le caía, rendida por el sueño; y entonces volvía á ver aquella cara desconocida que lo miraba con aire de lástima y le repetía al oído: —¡Tu madre ha muerto!—y á aquella voz se despertaba sobresaltado para volver á soñar con los ojos abiertos y mirando el inalterable horizonte.

Veintisiete días duró el viaje. Pero los últimos fueron los mejores. El tiempo estaba bueno y era fresco el aire. Había entablado relaciones con un buen viejo lombardo que iba á América á reunirse con su hijo, labrador de la ciudad de Rosario; le había contado todo lo que ocurría en su casa, y el viejo, á cada instante, le repetía, dándole palmaditas en el cuello:—¡Animo, galopín! tú encontrarás á tu madre sana y contenta—Aquella compañía le animaba, y sus presentimientos, de tristes, se habían tornado alegres. Sentado en la proa, al lado del viejo labrador que fumaba en pipa, bajo un hermoso cielo estrellado, en medio de grupos de emigrantes que cantaban, se representaba mil

veces en su pensamiento su llegada á Buenos Aires: se veía en una calle, encontraba la tienda, se echaba en brazos del tío:—¿Cómo está mi madre? ¿Dónde está?—¡Vamos en seguida!—En seguida vamos.—Corrían juntos, subían una escalera, se abría una puerta.... Y aquí el sordo soliloquio se detenía, se perdía su imaginación en un sentimiento de inexplicable ternura que le hacía sacar, á escondidas, una medallita que llevaba al cuello y murmurar, besándola, sus oraciones.

El vigésimoséptimo día después de la salida, llegaron. Era una hermosa mañana de mayo cuando echó el ancla en el inmenso río de la Plata, sobre una orilla en la cual se extiende la vasta ciudad de Buenos Aires, capital de la República Argentina. Aquel tiempo espléndido le pareció de buen agüero. Estaba fuera de sí de alegría y de impaciencia. ¡Su madre se hallaba á pocas millas de distancia de él! ¡Dentro de pocas horas la habría ya visto! ¡Y él se encontraba en América, en el Nuevo Mundo, y había tenido el atrevimiento de ir allí solo! Todo aquel larguísimo viaje le parecía entonces que había pasado en un momento. Le parecía haber volado, soñando, y haber despertado entonces. Y era tan feliz, que casi no se sorprendió ni se afligió cuando se registró los bolsillos y se encontró una sola de las dos partes en que había dividido su pequeño tesoro, para estar seguro de no perderlo todo. Le habían robado la mitad, no le quedaban más que muy pocas pesetas; pero ¿qué le importaba ya, estando tan cerca de su madre? Con su baulillo al hombro, pasó, con otras muchachos italianos, á un vaporcito que lo llevó á poca distancia de la orilla, saltó del vaporcito á una lancha que llevaba el nombre de *Andrés Doria*, desembarcó en el muelle, se despidió de su viejo amigo lombardo, y se dirigió de prisa á la ciudad.

Llegado á la desembocadura de la primera calle que encontró, paró á un hombre que pasaba y le rogó le indicase qué dirección debía tomar para ir á la calle de las Artes. Por casualidad, se había encontrado con un obrero italiano. Este le miró con curiosidad, y le preguntó si sabía leer. El muchacho contestó que sí.—Pues bien—le dijo el obrero, indicándole la calle de que salía;—sube derecho, leyendo siempre los nombres de las calles en todas las esquinas, y acabarás por encontrar la que buscas.—El muchacho le dio las gracias, y siguió adelante por la calle que le indicaron.

Era una calle recta y larga, pero estrecha, flanqueada por casas bajas y blancas que parecían otras tantas casitas de campo: llena de gente, de coches, de carros, que producían ruido ensordecedor; aquí y allá se izaban inmensas banderas de varios colores, en las que había escritos, en gruesos caracteres, anuncios de salida de vapores para ciudades desconocidas. A cada instante, volviéndose á derecha é izquierda, veía otras calles que parecían tiradas á cordel, flanqueadas de casas, también blancas y bajas, llenas de gente y de carruajes, y situadas en el mismo plano de la extensa llanura americana, semejante al horizonte del mar. La ciudad le parecía infinita; creía que se podían pasar días y semanas viendo siempre, aquí y allá, otras calles como aquellas, y que toda América estaba formada así. Miraba atentamente los nombres de las calles; nombres raros, que le costaba trabajo leer. A cada calle nueva que divisaba, sentía que le latía más de prisa el corazón, pensando que fuese la que buscaba. Miraba á todas las mujeres con la idea de encontrar á su madre. Vio una delante de sí, y le dio una sacudida el corazón; la alcanzó, la miró: era una negra. Y seguía andando, apretando el paso: llegó á una plazoleta, leyó y quedó como clavado en la acera. Era la ca-

lle de las Artes. Volvió, vio el número 117; la tienda del tío era el número 175. Apretó más el paso, casi corría; en el número 171 tuvo que detenerse para tomar aliento, diciendo entre sí:—¡Ah, madre mía, madre mía! ¿Es verdad que te veré dentro de un instante?—Corrió más: llegó á una pequeña tienda de quincalla. Aquella era. Se asomó. Vió á una señora con el pelo gris y anteojos.

—¿Qué quieres, niño?—le preguntó aquella en español.

—No es ésta—dijo el muchacho, procurando echar fuera la voz—la tienda de Francisco Merelo?

—Francisco Merelo murió—respondió la señora en italiano.

El chico recibió una fuerte impresión al oírlo.

—¿Cuándo murió?

—¡Oh! Hace tiempo—respondió la señora—; algunos meses: tuvo malos negocios, y se fue. Dicen que se fue á Bahía Blanca, muy lejos de aquí, y murió apenas llegó allá. La tienda es mía.

El muchacho palideció.

Después dijo precipitadamente:—Merelo conocía á mi madre, la cual estaba aquí sirviendo en casa del señor Mequínez. El sólo podría decirme dónde está. He venido á América á buscar á mi madre. Merelo le mandaba las cartas. Necesito encontrar á mi madre.

—Hijo mío—respondió la señora—yo no sé de eso. Puedo preguntarle al muchacho del corral, que conoce al joven que le hacía los encargos á Merelo. Puede ser que éste sepa algo.

Fue al fondo de la tienda y llamó al chico, que llegó en seguida,

—Dime—le preguntó la tendera—: ¿recuerdas si el dependiente de Merelo iba alguna vez á llevar cartas á una mujer que estaba de criada en casa de *hijos del país*?

—En casa del señor Mequínez—respondió el muchacho—sí señora, alguna vez. A lo último de la calle de las Artes.

—¡Ah! ¡Gracias, señora!—gritó Marcos.—Dígame el número.....¿no lo sabe? Hágame acompañar, acompáñame tú mismo en seguida, chico. Aun tengo algunos cuartos.

Y dijo esto con tanto calor, que, sin esperar la venia de la señora, el muchacho respondió:—Vamos;—y salió el primero á muy ligero paso.

Casi corriendo, sin decir una palabra, fueron hasta el fin de la largísima calle, atravesaron el portal de una pequeña casa blanca y se detuvieron delante de una hermosa cancela de hierro. desde la cual se veía un patio lleno de macetas de flores. Marcos llamó á la campanilla.

Apareció una señorita.

—Vive aquí la familia Mequínez, ¿no es verdad?—preguntó con ansiedad el muchacho.

—Aquí vivía—respondió la señorita, pronunciando el italiano á la española —Ahora vivimos nosotros; la familia Ceballos.

—¿Y adónde han ido los señores Mequínez?—preguntó Marcos, latándole el corazón.

—Se han ido á Córdoba.

—¡Córdoba!—exclamó Marcos;—¿dónde está Córdoba? ¿Y la persona que tenían á su servicio? La mujer, mi madre, la criada era mi madre. ¿Se han llevado también á mi madre?

La señorita le miró y dijo:

—No lo sé. Quizás lo sepa mi padre, que los vio cuando se fueron. Espérate un momento.

Se fue, y volvió con su padre, un señor alto, con la barba gris. Este miró fijamente un momento á aquel simpático tipo de pequeño marinero genovés, de cabellos rubios y nariz aguileña, y le preguntó en mal italiano:

—¿Es genovesa tu madre?

Marcos respondió que sí.

—Pues bien; la criada genovesa se fue con ellos, estoy seguro.

—¿Y adónde han ido?

—A la ciudad de Córdoba.

El muchacho dio un suspiro; después dijo con resignación.

—Entonces...iré á Córdoba.

—¡Ah, pobre niño!—exclamó el señor, mirándolo con lástima.—¡Pobre niño, Córdoba está á mil leguas de aquí.

Marcos se quedó pálido como un muerto y se apoyó con una mano en la cancela.

—Veamos, veamos—dijo entonces el señor, movido á compasión, abriendo la puerta—; entra un momento, veremos si se puede hacer algo. Siéntate.—Le dio asiento, le hizo contar su historia, estuvo escuchando muy atento y se quedó un rato pensativo; después le dijo con resolución—Tú no tienes dinero, ¿no es verdad?

—Tengo todavía, pero muy poco—respondió Marcos.

El señor estuvo pensando otros cinco minutos; después se sentó á una mesa, escribió una carta, la cerró, y dándosela al muchacho, le dijo:—Oye, italianito, vé con esta carta á Boca. Es una ciudad pequeña, medio genovesa, que está á dos horas de camino de aquí. Todo el que te encuentre te puede indicar el camino. Vé allí y busca á este señor, al cual va dirigida la carta, y que es muy conocido. Llévale esta carta. El te hará salir mañana para la ciudad de Rosario, y te recomendará á alguno de allí que podrá proporcionarte que sigas el viaje hasta Córdoba, en donde encontrarás á la familia Mequínez y á tu madre. Entretanto, toma esto.—Y le dio algunas pesetas.—Anda, y ten ánimo; aquí hay por todas partes compatriotas tuyos, y no te abandonarán. Adiós.

El muchacho le dijo:—Gracias.—Sin ocurrírsele otras palabras, salió con su cofre, y despidiéndose de su pequeño guía, se puso en camino lentamente hacia Boca, atravesando la gran ciudad lleno de tristeza y de estupor.

Todo lo que le sucedió desde aquel momento hasta la noche del día siguiente le quedó después en la memoria, confuso é incierto como ensueños de calenturiento: ¡tan cansado, turbado y debilitado se encontraba! Al día siguiente, al anocheecer, después de haber dormido la noche antes en un cuartucho de una casa de Boca, al lado de un almacén del muelle; después de haber pasado casi todo el día sentado sobre un montón de maderos, y, como entre sueños, enfrente de millares de barcos, de lanchas y de vapores, se encontraba en la popa de una barcaza de vela, cargada de frutas, que salía para la ciudad de Rosario conducida por tres robustos genoveses bronceados por el sol; la voz de los cuales y el dialecto querido que hablaban, llevó algunos bríos al ánimo de Marcos.

Salieron, y el viaje duró tres días y cuatro noches, siendo continua admiración para el pequeño viajero. Tres días y tres noches remontó aquel maravilloso río de Paraná, en cuya comparación nuestro gran Po no es más que un arroyuelo, y la extensión de Italia, cuadruplicada, no alcanza á la de su curso. El barco iba lentamente á través de aquella masa de agua inconmensurable. Pasaba por medio de largas islas, antiguos nidos de serpientes, de tigres, cubiertas de árboles frondosos, semejantes á bosques flotantes; y ora se deslizaba entre estrechos canales, de los cuales parecía que no podía salir, ora desembocaba en vastas extensiones de agua, que semejaban grandes lagos tranquilos; después, saliendo de entre las islas, por los canales intrincados de un archipiélago, llegaba á sitios rodeados de montones in-

menso de vegetación. Reinaba profundo silencio. En largos trechos, las orillas y las aguas solitarias y vastísimas evocaban la imagen de un río desconocido, que aquel pobre barco de vela era el primero en el mundo que se aventuraba á surcar. Mientras más avanzaban, tanto más aumentaba aquel inmenso río. Pensaba que su madre se encontraba aún á gran distancia, y que la navegación debía durar años todavía. Dos veces al día comía un poco de pan y de carne en conserva con los marineros, los cuales, viéndole triste, no le dirigían nunca la palabra. Por la noche dormía sobre cubierta, y se despertaba á cada instante bruscamente, admirando la luz clarísima de la luna que blanqueaba las inmensas y lejanas orillas: entonces el corazón se le oprimía.—¡Córdoba!—repetía este nombre:—“Córdoba”—como el de una de aquellas ciudades misteriosas de las que había oído hablar en las leyendas. Pero después pensaba:—Mi madre ha pasado por aquí; ha visto estas islas, aquellas orillas;—y entonces no le parecían ya tan raros y solitarios aquellos lugares en los cuales se había fijado la mirada de su madre.....Por la noche alguno de los marineros cantaba. Aquella voz le recordaba las canciones de su madre cuando le adormecía de niño. La última noche, al oír aquel canto, sollozó. El marinero se interrumpió. Después le gritó:—¡Animo, chico, valor! ¡Qué diablo! ¡Un genovés que llora por estar lejos de su casa! ¡Los genoveses atraviesan todo el mundo tan contentos como orgullosos!—Aquellas palabras le hicieron experimentar una sacudida: oyó la voz de la sangre genovesa que corría por sus venas, y levantó la frente con orgullo, dando un gope en el timón.—Bien—dijo entre sí;—también daré yo la vuelta al mundo; viajaré años y años, andare á pie centenares de leguas, seguiré adelante hasta que encuentre á mi madre. Llegaré, aun-

que moribundo, para caer muerto á sus pies. ¡Con tal de que vuelva á verla una sola vez!¡Animo!—Y con estos bríos llegó, al clarear una fría y hermosa mañana, frente á la ciudad del Rosario, situada en la ribera del Paraná, reflejándose en las aguas los palos y banderas de mil barcos de todos los países.

Poco después de desembarcado, subió á la ciudad con su cafre al hombro, buscando á un señor argentino, para el cual su protector de Boca le había dado una tarjeta con algunas líneas de recomendación. Al entrar en Rosario, le pareció que se encontraba en una ciudad ya conocida. Aquellas calles eran interminables, rectas, flanqueadas de casas blancas y bajas, atravesadas en todas direcciones, por cima de los tejados, por espesas fajas de hilos telegráficos y telefónicos, que parecían inmensas telarañas, y oyéndose gran ruido de gente, caballos y carruajes. La cabeza se le iba: casi creía que volvía á entrar en Buenos Aires, y que iba otra vez á buscar á su tío. Anduvo cerca de de una hora de aquí para allá, dando vueltas y revueltas, y paraciéndole que volvía siempre á la misma calle; y á fuerza de tantas preguntas, encontró al fin la casa de su nuevo protector. Llamó á la campanilla. Se asomó á la puerta un hombre grueso, rubio, áspero, que tenía el aire de corredor de comercio, y que le preguntó, fríamente, con pronunciación extranjera:

—¿Qué quieres?

El muchacho dijo el nombre del patrón.

—El patrón—respondió el corredor—ha salido anoche para Buenos Aires, con toda su familia.

El muchacho se quedó paralizado.

—Después balbuceó:

—Pero yo...no tengo á nadie aquí.. ¡soy solo!—y le dio una tarjeta.

El corredor la tomó, la leyó, y dijo con mal humor:

—No sé qué hacer. Ya le diré dentro un mes cuando vuelva.....

—¡Pero yo estoy solo! ¡estoy necesitado!—exclamó el chico con voz suplicante

—¡Eh, anda!—dijo el otro—; ¿no hay ya bastantes pordioseros de tu país en Rosario? Vete á pedir limosna á Italia.

Y le dio con la puerta en las narices.

El muchacho se quedó petrificado.

Después tomó con desaliento su baúl, y salió con el corazón angustiado, con la cabeza hecha un bombo, y asaltado de un cúmulo de pensamientos desagradables.

¡Qué hacer! ¿A dónde ir? De Rosario á Córdoba hay un día de viaje en ferrocarril. Le quedaban ya muy pocas pesetas. Deduciendo las que habría de gastar en aquel día no le quedaría casi nada. ¿Dónde encontrar dinero para pagarse el viaje? ¿Podía trabajar! Pero, ¡cómo! ¿á quién pedir trabajo? ¿Pedir limosna! ¡Ah, no! ¡Ser airado, insultado, humillado como hace poco, no; nunca; jamás; antes morir. Y ante aquella idea, al ver otra vez delante de sí la inmensa calle que se perdía á lo lejos en la interminable llanura, sintió que le faltaban otra vez las fuerzas, echó á tierra el cofre, se sentó en él, apoyando la espalda contra la pared, y se cubrió la cara con las manos, sin llorar, en actitud desconsoladora. La gente le tocaba con los pies al pasar; los carruajes hacían ruido por la calle; algunos muchachos se paraban para mirarlo. Estuvo así buen rato. De súltargo le sacó una voz que le dijo medio en italiano, medio en lombardo:

—¿Qué tienes, chiquitín?

Alzó la cara al oír aquellas palabras, y en se-

guida se puso en pie, lanzando una exclamación de sorpresa:

—¿Usted aquí?

Era el viejo labrador lombardo, con el cual había contraído amistad durante el viaje.

La admiración del viejo no fue menor que la suya.

Pero el muchacho no le dejó tiempo para preguntarle y le contó rápidamente lo ocurrido:

—Héme aquí ahora sin dinero: es menester que trabaje; búsqume usted trabajo para poder reunir algunas pesetas; yo haré de todo: llevar ropa, barrer las calles, hacer encargos, hasta trabajar en el campo; me contento con vivir de pan de munición; pero que pueda yo marchar pronto, que pueda encontrar alguna vez á mi madre; ¡hágame usted esta caridad, búsqume usted trabajo, por amor de Dios, que yo no puedo resistir más!

—¡Cáspita, cáspita!—dijo el viejo mirando alrededor rascándose la barba.—¿Qué historia es ésta? Trabajarse dice muy pronto. ¡Veamos! ¿No habrá aquí medio de encontrar treinta pesetas entre tantos compatriotas?

El muchacho le miraba animado, animado por un rayo de esperanza.

—Vén conmigo—le dijo el viejo.

El viejo se puso en marcha. Marcos lo siguió, y anduvieron juntos buen trecho de calle sin hablar.

El lombardo se detuvo en la puerta de una fonda que tenía en la muestra una estrella, y escrito debajo: *La Estrella de Italia*; se asomó adentro, y volviéndose hacia el muchacho, le dijo alegremente:

—Llegamos á tiempo.—Entraron en una habitación grande, en donde había varias mesas y muchos hombres que bebían y hablaban alto. El viejo lombardo se acercó á la primera mesa, y en el modo como saludó á los seis parroquianos que es-

taban á su alrededor, se comprendía que se había separado de ellos poco antes. Estaban muy encarnados, y hacían sonar sus vasos, voceando y riendo.

—¡Camaradas!—dijo sin más preámbulos el lombardo, quedándose en pie y presentando á Marcos—: he aquí un pobre muchacho, compatriota nuestro, que ha venido solo, desde Génova á Buenos Aires, para buscar á su madre. En Buenos Aires le dijeron:—No está aquí, está en Córdoba.—Viene embarcado á Rosario, en tres días y tres noches, con dos líneas de recomendación: presenta la carta: le reciben mal. No tiene un céntimo. Está aquí solo, desesperado. Es un infeliz muy aninoso. Hagamos algo por él. ¿No ha de encontrar lo necesario para pagar el billete hasta Córdoba y buscar á su madre? ¿Hemos de dejarle aquí como á un perro?

—¡Nunca, por Dios! ¡Nunca nos lo perdonaríamos!—gritaron todos á la vez, pegando puñetazos en la mesa.—¡Un compatriota nuestro!—¡Ven aquí, pequeño!—¡Cuenta con nosotros, los emigrantes!—¡Mira qué hermoso muchacho!—¡Aflojad los ochavos, camaradas!—¡Bravo! ¡Ha venido solo! Tiene ánimos! Bebe un sorbo, compatriota.—Te enviaremos con tu madre, no hay que dudar.—Uno le tiraba un pellizco en la mejilla, otro le daba palmadas en la espalda; un tercero le aliviaba del peso del cofrecillo; otros emigrantes se levantaron de las mesas próximas y se acercaban; la historia del muchacho corrió por toda la hostería; acudieron de la habitación inmediata tres parroquianos argentinos, y en menos de diez minutos, el lombardo, que presentaba el sombrero, le reunió cuarenta y dos pesetas.—¿Has visto—dijo entontonces volviéndose hacia el muchacho—qué pronto se hace esto en América?—¡Bebel!—le gritó echándole un vaso de vino.—¡A la salud de tu madre!

- 24°. y 25°. "Cyrano de Bergerac", por Edmundo Rostand.
 26°. 27°. y 28°. "A Verther", por Goethe.
 29°. "San José", por Alejandro Dumas; "La novia ó el tigre", por
 F. R. Stockton; "Odio de mujer", por Luis Ulbach.
 30°. "Artículos y Biografías", por Pedro Ortiz.

TOMO IV.

- 31°. y 32°. "Poesías" de Rubén Darío.
 33°. "Estudios críticos", por Juan Bertis.
 34°. "Manfredo" por Lord Byron.
 35°. "Manfredo (conclusión) y Peregrinación de Childe Harold
 (fragmento)," por Lord Byron.
 36°. "Semblanza de Lamartine", por José Ma. de Heredia; "Bio-
 grafía de Homero," por Lamartine.
 37°. y 38°. "Filigranas", por Edmundo de Amicis.
 Siempre lectura SANA y selecta.

Saben lo que hay donde Gonzalbo?

CALENDARIOS EXFOLIADORES

PARA 1900.

También ha recibido *Papel factura* grande y de oficio. Cu-
 biertas de varios tamaños; ataches, artículos de dibujo y
 pintura. PAPEL, PERGAMINO y *Piel de Pergamino* en ho-
 jas, propias para trabajos caligráficos, PLUMAS de FUENTE,
 tinteros, etc. etc.

SATURNINO CORTÉS D.

AGENTE Y CORRESPONSAL DE

"Cuba y América" Y DE "El Comercio Ilustrado"
 (HABANA) (SAN FRANCISCO CAL.)

San Salvador.— América Central

84

"La Miscelánea"

AGENCIA

BIBLIOTECA ECONOMICA
 DE Daniel S. Meléndez.

Acepta cualesquiera encargos que se le hagan, cobrando una
 módica comisión.

Vende artículos de primera necesidad, por mayor y menor.

San Salvador, mayo 15 de 1899

11a. Avenida Norte, No. 57 B.

Frente al London Bank of Central America Ltd.

Biblioteca Económica

Francisco A. Gamboa, EDITOR.
SAN SALVADOR, C. A.

Edición de 2,000 ejemplares.

Colección de los mejores autores nacionales y
extranjeros. Se publican 3 volúmenes
por mes. Valor de cada volumen,

UN REAL (\$0.12½ centavos)

EXTENSA CLIENTELA DE ANUNCIADORES

La serie de 10 volúmenes, encuadernada, vale DOS PESOS plata y se remite libre de porte á cualquier lugar de Centro-América, ó del exterior, con veinte billetes de entrada á la rifa de *veinte pesos en efectivo*.

No se atienden los pedidos que no sean pagados anticipadamente.

La BIBLIOTECA ECONÓMICA se vende en San Salvador en todas las librerías, en el almacén de Arciniegas, en las peluquerías "El Comercio" y "Venecia" y en casa del editor.

Anticípese un peso por suscripción á 8 números, y el recibo se acompañará de DIEZ BILLETES DE ENTRADA á la rifa de \$20.

Las personas de esta ciudad que deseen suscribirse pagando número por número (de real en real), se servirán avisarlo al Editor, quien les mandará las entregas á domicilio, con su respectivo billete de entrada á la rifa de veinte pesos.

El almacén de

J. Arciniegas

es el que más barato vende. Especialidad en sedas y en artículos para caballeros.